



# SU SUEÑO ERA LA PAZ

...y lo materializó con un movimiento de mujeres que dio estabilidad —y una presidenta— a su país, Liberia.

**LEYMAH GBOWEE**, una de las tres ganadoras del Nobel de la Paz, habla aquí de sus esperanzas, sus temores por las mujeres árabes y el significado real del liderazgo.

ENTREVISTA DE  
DAWN RAFFEL

**L**a noche de su fiesta de graduación del bachillerato, rodeada por sus familiares, amigos y vecinos, la joven liberiana Leymah Gbowee imaginaba un futuro brillante. Quería estudiar biología y química en la universidad y llegar a ser pediatra. Pero a los seis meses de esa celebración, en 1989 —escribe en su libro autobiográfico *Mighty Be Our Powers* (“Que nuestro poder sea fuerte”)—, todo

lo que había conocido y soñado ya no existía: su país estaba devastado por la guerra civil; su vecindario, destruido; su familia, dispersa, y ella había abandonado sus planes personales.

Aunque Gbowee nunca llegó a ser médica, sí se convirtió en sanadora. Pero primero afrontó años de terror. Mientras los rebeldes, encabezados por Charles Taylor, intentaban derrocar al corrupto presidente Samuel Doe, ambos bandos se enfrascaron en una espiral de violencia. Gbowee vio cómo asesinaban civiles frente a sus ojos. En una iglesia hubo una matanza. “Entre los bancos, donde cantábamos y orábamos..., ellos violaron, apuñalaron, acribillaron y dieron machetazos”, refiere. Con algunos parientes, huyó de un albergue improvisado a otro, pasó hambre muchas veces y durante un tiempo vivió en un

campamento para refugiados infestado de mosquitos, en Ghana.

Las cosas empeoraron. Cuando regresó a Liberia, en 1991, después de que se formó un nuevo gobierno interino, Gbowee vio una devastación total. “La gente había huido y dejado sus casas en manos de los combatientes”, cuenta, “y los que regresaron y vieron que sus posesiones habían desaparecido, saquearon lo que quedaba en las viviendas de otros. Mi vida se había reducido a nada”.

Gbowee se relacionó con un hombre llamado Mens que la golpeaba, y justo cuando iba a abandonarlo, descubrió que estaba embarazada. Al verse sin salida, se quedó y tuvo dos hijos más con él. Pero esto no quebrantó su espíritu. Empezó a estudiar en un programa del UNICEF (a pesar de ser maltratada en casa por asistir a clases),

y luego, convertida en trabajadora social, se dedicó a ayudar a personas traumatizadas por la guerra.

Finalmente, embarazada de nuevo, tomó una decisión. Con ayuda de su familia, dejó a Mens, se hizo cargo ella sola de sus hijos e imaginó un movimiento de mujeres que exigieran la paz en Liberia. Para entonces, Taylor era presidente y se había desatado otra guerra civil. Viajando de aldea en aldea, Gbowee empezó a organizar a las mujeres.

Contra todas las expectativas, logró que las cristianas y las musulmanas se unieran; bajo su liderazgo, miles de mujeres, todas vestidas de blanco para simbolizar la paz, realizaron protestas y plantones en las oficinas de gobierno. Gbowee escribe: “Le dije a la multitud: ‘En el pasado guardábamos silencio, pero después de que tantas de nosotras fuimos asesinadas, violadas, deshumanizadas y contagiadas con enfermedades, y que vimos destruidos a nuestros hijos y familias, la guerra nos ha enseñado que el futuro reside en decirle no a la violencia y sí a la paz. ¡No cederemos hasta que la paz prevalezca!’”

Las mujeres tenían razones para temer. “Se rumoraba que había celdas clandestinas donde violaban a las jóvenes”, cuenta Gbowee. “pero para mí no había otro camino”. Las mujeres no cedieron, y Taylor no tomó represalias contra ellas. Dijo que las consideraba

sus madres. Fue el grupo de Gbowee el que aceleró la renuncia de Taylor y el final de la guerra civil, en 2003. Las mujeres exigieron el derecho de votar, y triunfaron cuando Ellen Johnson Sirleaf, la primera presidente mujer de África, fue electa en 2005.

La tarea de Gbowee no terminó allí. Apareció en el documental *Pray the*

“La guerra nos ha enseñado que el futuro reside en decirle no a la violencia y sí a la paz”.

*Devil Back to Hell* (“Oremos para que el demonio regrese al infierno”), y hoy viaja por el mundo como directora ejecutiva de la Red de Mujeres por la Paz y la Seguridad en África. Se reúne con presidentes de países, directores generales de empresas, líderes comunitarios y habitantes de aldeas para abogar por su causa.

Gbowee, quien ahora tiene 39 años y seis hijos, nos concedió una entrevista en una visita reciente a Nueva York. Su calidez, sinceridad y deseos de hacer más nos impresionaron. He aquí lo que le preguntamos:

#### ¿De dónde saca tanto valor?

De mi fe. He llegado a una conclusión: todo lo que soy, todo lo que aspiro a ser, todo lo que fui antes, es por la gracia de Dios. Hay muchas mujeres, dentro y fuera de África, que son más inteligentes que yo.



MAPA: SW INFOGRAPHIC

**Pero algo debió darle el valor para salir de su desesperada situación. Alguna puerta se le abrió...**

Ocurrió algo cuando oí a uno de mis hijos decirle a mi madre que le tenía miedo a su papá. Me enojé conmigo misma por permitir que mis hijos vieran tanto abuso. A partir de ese momento juré protegerlos y no seguir atrapada. Incluso ahora, cuando hablamos de los derechos de las mujeres, sé que mis hijas se beneficiarán,

“Sí, a veces temo la muerte, pero a lo que nunca le he tenido miedo es a decir lo que pienso”.

aunque a mí no me toque. Cada vez que miro a mi alrededor, la promesa que les hice a mis hijos de protegerlos me da valor. Tengo suerte de ir a las comunidades y ver la realidad. Tengo suerte de ir con los gobernantes y contarles esa realidad, y tengo suerte de ir a los foros internacionales y decir: “No sé qué piensan que están haciendo, pero no están ayudando a este grupo de personas”.

Cuando voy a Estados Unidos —he visitado muchas escuelas en Nueva York— sé que hay problemas, cosas que hacen que la gente diga: “Necesitamos hablar, y muy fuerte”. Pero ante todo está mi fe. Antes de hablar, siempre digo una oración. Y el motivo por el que me importa difundir mi libro es que espero que puedan enviarse miles

de ejemplares a África para las mujeres y las jóvenes, para que sepan qué pueden hacer. Y quiero mandar el libro a Minneapolis, adonde emigraron muchas jóvenes liberianas, y llevarlo también al Congo.

**Después de la Primavera Árabe, ¿qué papel piensa que podrían tener las mujeres en el Medio Oriente?**

Me decepcionaron esas mujeres. Se unieron a las protestas, y cuando ganaron la primera batalla, se retiraron. En Egipto, por ejemplo, cuando Mubarak se fue, todas regresaron a sus casas. El 8 de marzo [Día Internacional de la

Mujer] fueron a la Plaza Tahrir para protestar, y luego [cuando se vieron acosadas] se echaron para atrás. Creo que debieron haber tenido el valor para protestar aún más, por algo que sé acerca de cambiar la dinámica de cualquier país, en especial en lo que se refiere a los problemas de las mujeres: que nadie lo puede hacer por ti. Una activista iraní me comentó: “Tienes razón en tu análisis de Egipto. Cuando la revolución tuvo lugar en Irán y vimos cómo eran tratadas las mujeres, nos dijimos: *Esto va a durar dos semanas. Lo que vemos es una degeneración total de los derechos de las mujeres en Irán porque no actuamos inmediatamente*”.

Eso es justo lo que está ocurriendo en Egipto, y en Túnez. Las mujeres



dejaron la lucha demasiado pronto. Creo que necesitaban una protesta continua para seguir diciendo: “Aquí estamos, somos parte de esto”. No deben mirar a Estados Unidos ni a Hillary Clinton. Tienen que buscar su propio camino.

**¿Alguna vez siente miedo?**

A veces. Mi momento más aterrador fue el 23 de marzo, cuando fuimos a Nigeria a protestar en nombre de las mujeres de Costa de Marfil. No temía por mí, sino por las mujeres que estaban en las calles; pensaba en la última serie de ataques represivos. Mis colegas obtuvieron pases para entrar en el centro de conferencias donde los presidentes se habían reunido

[para hablar sobre África Occidental]. Mi conciencia jamás me habría permitido estar sentada dentro mientras las mujeres corrían peligro afuera, así que me uní a la protesta.

**Usted también corrió peligro.**

Ser líder es estar al lado de tu gente. Las mujeres me quieren viva para que siga luchando, pero a veces una tiene que demostrar que es una verdadera líder. Si esas mujeres protestaban bajo un sol abrasador, yo, que las junté, debía estar con ellas, en vez de estar sentada en una conferencia aburrida. En las calles, ¡ibailamos! Los militares

*Continúa en la página 60*

Monrovia, julio de 2003. Mujeres liberianas exigen el fin de la guerra civil en su país.

no podían creerlo, pero ballamos en su cara. Sí, a veces temo la muerte y por mis hijos, pero a lo que nunca le he tenido miedo es a pararme frente a gente importante y decir lo que pienso. Represento a mujeres que quizá nunca tendrán oportunidad de ir a la ONU ni de hablar con un presidente. A mí jamás me da temor decirle la verdad al poder.

“Somos mujeres fuertes que sufrimos mucho, y a pesar de eso nos mantenemos de pie”.

**Mucha gente se siente impotente y piensa: “Hay tantos problemas, y yo, soy sólo una persona”. ¿Qué piensa usted al respecto?**

Dios nos creó a todos con algo único que aportar. Algunas personas nacieron para ser el vecino que reúne a los niños para que canten o escuchen; otras pueden ser grandes oradores. Yo perdí a mi hermana, Geneva, y ojalá estuviera aquí porque era una de esas personas que jamás creen que poseen un don. Ella cuidaba a mis hijos mientras yo trabajaba, y hoy que los veo no puedo atribuirme ningún mérito, porque Geneva hizo un trabajo perfecto con ellos. Por ejemplo, mis hijos solían comprar golosinas antes de llegar a casa de la escuela. Mi hermana se quedaba mirándolos, con sus más de 90 kilos de peso, y les decía: “Todos denme un beso antes de entrar a

la casa”. Era su manera de probarles los labios para saber si habían comido dulces. ¡Y ellos se acababan las golosinas porque ninguno quería que esa tía tan pasada de peso lo besara cuando llegaba de la escuela!

**¿Qué desea que los lectores entiendan de sus libros?**

Quiero romper el mito de las mujeres africanas de senos flácidos con tres niños a las espaldas y un plato vacío en las manos. Quiero echar abajo el mito de que somos víctimas todo el tiempo. Aun

como víctimas, sobrevivimos. Somos mujeres fuertes que sufrimos mucho, y a pesar de eso nos mantenemos de pie. Yo hablé con un grupo de niños estadounidenses, y un chico de ocho o nueve años me dijo: “Regresa a tu país, perdedora”. ¿De dónde sacó eso? No quiero que ninguna otra mujer africana sea tachada de perdedora en este país. Deseo que la gente nos vea como somos, victoriosas en la tarea que hemos realizado. Y quiero inspirar a las estadounidenses. Ya es hora de que veamos una presidenta en este país. Descó que las jóvenes alcen la voz, especialmente por los niños de los barrios pobres. Y quiero inspirar a los jóvenes para que se relacionen con mujeres de verdad. Dondequiera que te encuentres, puedes levantarte. Nada ni nadie puede impedir que seas lo que quieres ser. ■

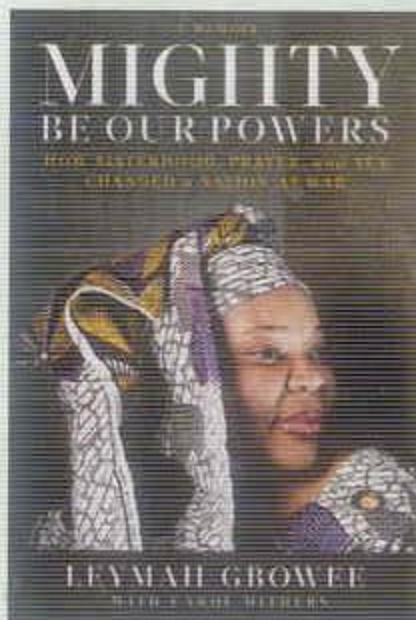
# Estamos juntas en esto

Un extracto de *Mighty Be Our Powers*

**N**ada de lo destruido durante la guerra se estaba reconstruyendo. Era 2002, y aún vivíamos en una ciudad sin luz ni agua. Los actos más ordinarios podían acarrear castigos terribles. Una noche vi cómo los soldados golpeaban a un taxista en el suelo por no haber apagado sus faros al pasar junto a un retén. Nadie parecía dispuesto a hacer otra cosa que lamentarse.

Luego, por fin, entramos en acción nosotras. Tres días a la semana a lo largo de seis meses, las integrantes de mi organización, Red de Mujeres para la Construcción de la Paz (WIPNET, por sus siglas en inglés), nos reunimos con otras mujeres de Monrovia. Íbamos a las mezquitas los viernes al mediodía, después de las oraciones; a los mercados, los sábados por la mañana, y a dos iglesias cada domingo. Siempre íbamos en parejas, y a todas nuestras hermanas les dábamos el mismo mensaje: ¡Mujeres liberianas, despierten para la paz!

—Hola, hermana, soy Leymah Gbowee y quisiera hablarte de una campaña que acabamos de empezar. Esta guerra ha durado mucho tiempo y todas la estamos sufriendo. Hay



gente que ha tratado de terminarla, y se han hecho algunas gestiones importantes, pero nosotras creemos que la solución está en las mujeres. Necesitamos dar un paso al frente y comprometernos.

—No sé, hermana. ¿Cómo podemos hacer eso? ¿Y por qué?

—¡Porque tú fuiste una de las violadas por los combatientes! ¡Tu esposo fue uno de los asesinados! Y a tu hijo lo están obligando a entrar al Ejército.

—Es cierto... ¡Nos quedamos aquí sentadas y esa gente se lleva a nuestros hijos! Me uniré a ti.

No siempre era fácil. Las mujeres que han sufrido toda la vida llegan a un punto en que miran hacia abajo, no hacia delante. Pero conforme trabajábamos con ellas, empezaron a levantar la mirada y a escuchar. Nadie les había hablado así antes.

Repartíamos volantes: “¡Estamos hartas de que asesinen a nuestros hijos! ¡Hartas de que nos violen! Mujeres, despierten... ¡Ustedes tienen voz en este proceso de paz!” Muchas de las mujeres no sabían leer, así que contratamos a un muchacho para que les explicara nuestra misión con dibujos de muchos colores. Un dibujo mostraba a una mujer hablando a un grupo

de combatientes. Hora tras hora respondíamos preguntas pacientemente, y cada semana nos parecía que más mujeres despertaban.

Las mujeres del mercado pegaban nuestros volantes en sus puestos y repartían algunos más entre sus clientes. Cada vez que íbamos a una comunidad, más mujeres se unían al esfuerzo. Trabajábamos discretamente. Ninguna organización de noticias se daba cuenta de lo que hacíamos, y así nos gustaba que fuera.

Pero como juntar a las cristianas con las musulmanas estaba resultando difícil, iniciamos un taller.

—Escriban su profesión u oficio en esta hoja de papel —les pedí a las mujeres una vez que las reunimos en un salón—. Abogada, médica, madre, vendedora, lo que sean. Luego pongan la hoja en esta caja.

Alcé un envase de cartón.

—¿Ven? Voy a guardar las hojas con llave. Aquí no somos abogadas, ni activistas, ni esposas. No somos cristianas ni musulmanas, ni pertenecemos a ninguna etnia ni a la clase adinerada. Somos sólo mujeres.

También creamos un lema: “¿Distingue una bala entre un cristiano y un musulmán? ¿La bala escoge?” Al final del taller, las mujeres acordaron que cristianas y musulmanas tendrían un líder y un grupo propio, pero que trabajarían juntas. En diciembre de 2002 anunciamos la alianza cristiano-musulmana, y asombramos a Monrovia con una marcha al Ayuntamiento: 200 mujeres —cristianas y musulmanas—

manifestándose juntas. Mientras caminábamos, entonábamos en coro un cántico de una religión y luego uno de la otra. La gente en las calles se volvía a mirarnos. Esta vez avisamos a la prensa, y los reporteros nos esperaban. Leí una declaración: “Imaginamos la paz. Una coexistencia pacífica que fomente la igualdad, la propiedad colectiva y la participación plena, especialmente de las mujeres, en todos los procesos de toma de decisiones para la prevención de los conflictos, la promoción de la seguridad humana y el desarrollo socioeconómico”.

**Recuerdo que la multitud** escuchaba atentamente mis palabras y cientos de cabezas asentían. No tenía idea de cuál debía ser el siguiente paso de nuestra alianza, de nuestra búsqueda, pero sí sabía una cosa: que había vivido con temor durante mucho tiempo. Había visto cómo asesinaban a mis amigos, a familias enteras, y nunca perdí de vista la posibilidad de que yo fuera la siguiente. Había vivido deprimida durante largo tiempo, aislada en mi propio mundo.

Pero ese día, cuando las mujeres de la WIPNET se reunieron, mi temor, mi depresión y mi soledad finalmente desaparecieron. Otras mujeres que compartían mi sentir estaban junto a mí; ya no estaba sola. Y supe en mi corazón que todo aquello por lo que había pasado, todo el dolor, me había llevado hasta ese punto. Encabezar a las mujeres para luchar por la paz era mi misión en la vida.